**HOY VIERNES 11
DE MAYO DE 1990**

PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

■ **Atentado al Papa**

■ **Nueve años atrás**

Una absurda versión, de ignorado origen, sobre una banda de asesinos japoneses que atentaría en México contra Juan Pablo II, lleva al siguiente recuerdo:

El próximo domingo, cuando el Papa vuelva a Roma, se cumplirán exactamente nueve años del atentado que estuvo a punto de costarle la vida a Juan Pablo II, tiroteado por un fanático turco, cuyas verdaderas motivaciones

continuaban todavía sumidas en el más profundo enigma. Aunque se supo de inmediato que Alí Agca, el fallido magnicida, había intentado ya asesinar a su presunta víctima durante uno de sus viajes, y que pertenecía a una organización de extrema derecha denominada *Lobos grises*, después se quiso hacer aparecer su crimen como parte de una "trama búlgara", como si la conspiración para ultimar al Papa polaco hubiese sido urdida tras lo que todavía entonces se llamaba *la cortina de hierro*.

El atentado ocurrió a las 17 horas y 19 minutos del 13 de mayo de 1981, día de nuestra señora de Fátima. El Papa participaba en una gigantesca audiencia al aire libre, en la Plaza de San Pedro, a la que concurrían más de 20 mil fieles. De pronto, de entre la multitud surgió una pistola y el Papa, cuenta André Fossard, resultó "alcanzado por un tirador que fue detenido en su huida". La ilustre víc-

tima, a su vez, "fue llevado primero a la ambulancia que en los días de gran afluencia se sitúa bajo la columnata de San Pedro, y después trasladado a otra ambulancia provista de un equipamiento más completo, que una semana antes le había sido ofrecida por los médicos de Roma, pero cuya sirena y cuya luz no estaban todavía conectadas o no funcionaban;... el chofer del Papa, experto en circulación romana, ciencia exacta cuyo doctorado alcanzan muy pocos, consiguió llegar al hospital Gemelli en ocho minutos, cuando un conductor ordinario emplea treinta;... durante el trayecto, Juan Pablo II no hacía más que pronunciar cada vez más débilmente el nombre de María, y ninguna de las frases que los periódicos han puesto en sus labios;... el profesor Cruccitti, cirujano de primer orden que estaba visitando a sus enfermos a muchos kilómetros de allí, consiguió llegar al Gemelli justo a tiempo para operar a su víctima tendida, exagüe, ya prepa-

rada y que formaba, con su secretario arrodillado, el anestésista inclinado intentando ver mejor a través de sus lágrimas y las religiosas como santas mujeres, una especie de imagen clínica del Descendimiento de la Cruz, y en la medida en que todo sacerdote y mucho más el primero de entre ellos representa a Cristo, a nadie le hubiera parecido exorbitante que en ese momento murmurase: 'Este es mi cuerpo, entregado por vosotros'".

Aunque el Papa se salvó milagrosamente, pues las balas no dañaron ningún órgano vital (por lo que Su Santidad, que dijo que una mano había tirado y otra guiado la bala, prodigio atribuido por él a la Virgen de Fátima, viajó al año exacto del suceso a ese pueblo de Portugal a dar gracias a la Virgen), una infección viral, procedente de una de las muchas transfusiones que debieron imponerle, estuvo a punto de quitarle la vida durante el periodo postoperatorio.

Luego del atentado, pero no durante

mucho tiempo, se adoptó la costumbre de proteger al Papa metiéndolo en un capelo de cristal antibalas que le causaba gran disgusto, hasta que consiguió suprimir su uso. Un remedo de aquel sistema de protección es el *papamóvil* que aquí hemos conocido. "Todas estas precauciones son vanas —dijo un día en la mesa—. En cuanto salgo con mis vestidos blancos, soy un blanco infalible".

En la Navidad de 1983, el Papa visitó a su fallido asesino en la cárcel. Mohamed Alí Agca y el Papa se sentaron frente a frente en la desnuda celda. El Papa tenía un doble propósito. Por un lado, ejercer con su verdugo un acto de caridad, perdonarlo expresamente. Pero también quería averiguar la verdad. Por ello le preguntó quién lo había enviado a matarlo. Si se lo dijo o no Alí Agca, es algo que no sabremos por lo menos de la boca pontificia: "Lo que nos hemos dicho es un secreto entre él y yo. Yo debo respetar los secretos de una persona".